

DECLARACION GENERAL DEL SEGUNDO CONGRESO DE LA ASOCIACION DE ECONOMISTAS DEL TERCER MUNDO *

Nosotros, economistas del Tercer Mundo, reunidos en La Habana, Cuba, del 26 al 30 de abril de 1981, declaramos solemnemente:

En el transcurso de los últimos tres decenios los pueblos han continuado, de manera creciente, su lucha contra el colonialismo, el neocolonialismo, el imperialismo, el racismo incluyendo el sionismo y la reacción. En virtud de esas luchas por la independencia nacional, se ha profundizado la transformación del mapa político del mundo en favor de las fuerzas del progreso y del desarrollo independiente de los países del Tercer Mundo.

Como lo expresaba en su oportunidad el I Congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo celebrado en Argel, es evidente que el acceso a la independencia política, por importante que sea, sólo constituye una primera e insoslayable etapa de un combate por la liberación total y el verdadero desarrollo. Este desarrollo incluye como indispensables componentes, la total independencia económica, la equidad social, la liquidación del colonialismo cultural y el ejercicio de la plena soberanía sobre los recursos económicos nacionales en interés de las grandes masas populares.

El subdesarrollo, asentado históricamente en el colonialismo y hoy mantenido por los mecanismos del neocolonialismo imperialista, genera la dependencia económica para una gran cantidad de países del Tercer Mundo e impide que la independencia formal de los Estados se transforme en una verdadera independencia económica y política de los pueblos.

Nosotros, trabajadores de la esfera económica en el Tercer Mundo, ratificamos que, en los actuales momentos de agresividad imperialis-

* Declaración general aprobada en la sesión final del evento.

ta, es necesario tomar conciencia de nuestras responsabilidades políticas y científicas, integrando coherentemente el rigor científico y el compromiso social con nuestros pueblos, en el propósito de defender los intereses de los obreros, de los campesinos y de todas las capas laboriosas y humildes de la sociedad.

El imperialismo, sumido en la crisis de su sistema y actuando con redoblada agresividad, que estimula las expresiones de su caducidad histórica, plantea una estrategia global en correspondencia con las dimensiones de sus objetivos de dominación de la economía mundial.

Sea utilizando las falacias de la interdependencia o proyectando inexistentes intereses mutuos entre explotadores y explotados, el imperialismo no hace más que poner en práctica su vocación tradicional.

Como lo ha hecho siempre a lo largo de la historia, el capitalismo moviliza a sus exponentes en el campo de la teoría económica para defender el sistema y tratar de convencer al Tercer Mundo de que el desarrollo económico sólo es alcanzable en el marco de las relaciones de producción capitalista.

En los momentos actuales se observan intentos de variados matices pero de intención común, que ofrecen al Tercer Mundo fórmulas supuestamente adecuadas para superar el atraso y el subdesarrollo. Una de ellas consiste en la aplicación de políticas económicas de factura monetarista ultraliberal que, en la práctica, significa someter las economías de los países a los dictados de las empresas trasnacionales, desatar feroces mecanismos económicos concentradores del ingreso en grupos privilegiados, reducir drásticamente los gastos oficiales y hacer un llamado saneamiento de las economías, cuyo significado esencial consiste en prepararlas mejor para servir como apéndices del gran capital trasnacional. Para lograr estos enunciados se sirven de los mecanismos del Banco Mundial y, sobre todo, del Fondo Monetario Internacional que, al actuar en el sentido antes dicho, se erigen en gendarmes de la vida interna de los países que solicitan sus servicios.

Otra variante presenta un falso intento de industrialización del Tercer Mundo mediante un cierto redespiegue industrial, diseñado también por las trasnacionales. Este redespiegue que persigue la elevación de la tasa de ganancia en base, entre otras cosas, a los bajos niveles salariales del Tercer Mundo, crea una ilusión de modernidad manufacturera que se refleja en rápidos, aunque deformados crecimientos estadísticos.

En realidad, no es más que una nueva forma de dependencia, en la que una falsa industrialización de carácter trasnacionalizado, in-

tegra las economías de esos países a los intereses de las empresas trasnacionales, en la misma medida en que desintegran, distorsionan y penetran las economías nacionales. No es ésa, evidentemente, la industrialización que el Tercer Mundo necesita y demanda, ni puede ser su modelo de desarrollo el que han adoptado un pequeño número de países que exportan manufacturas ligeras, de reducido valor agregado que se encuentran atrapados en la red del comercio intra-filiales y la dependencia tecnológico-financiera, contribuyendo con ello al intento de conformar una nueva división internacional del trabajo con que el capitalismo pretende dilatar su existencia. La industrialización que los países del Tercer Mundo precisan debe fundamentarse en la propiedad del pueblo y en los intereses de sus naciones y estar basada en las necesidades y posibilidades de sus respectivas economías.

Ante estas manifestaciones de la economía imperialista, nosotros, al igual que lo proclamáramos en el I Congreso, nos declaramos movilizados para servir a nuestros pueblos mediante la acción político-económica, la investigación científica más avanzada, la reflexión más vigilante y la aplicación práctica de la teoría del desarrollo pero al servicio de los pueblos.

El combate de los países del Tercer Mundo continúa articulándose alrededor de algunas exigencias fundamentales como son:

El desarrollo nacional autónomo e integral, la soberanía plena sobre los recursos naturales por los pueblos del Tercer Mundo, la implantación de un nuevo orden económico internacional contrario a la división del trabajo de tipo neocolonialista acorde a los intereses del imperialismo.

Pero, a esas exigencias fundamentales que, necesariamente implican la batalla con las fuerzas imperialistas, pueden resultar victoriosas solamente si van acompañadas con la realización de profundos cambios estructurales internos en la mayoría de los países del Tercer Mundo que aseguren la efectiva dirección, participación y control por las grandes masas trabajadoras del proceso de desarrollo económico y social a través de la gobernación política del Estado.

Esos profundos cambios estructurales exigen la puesta en marcha de transformaciones agrarias que eliminen el latifundismo y todos los sistemas caducos de tenencia de la tierra, que pongan en tensión el potencial productivo de la agricultura mediante métodos modernos que incluyan las cooperativas, eliminen las terribles relaciones de explotación que padecen los campesinos y obreros agrícolas y eleven su nivel de vida. Estas transformaciones contribuirán a quebrar, tanto la insuficiencia alimentaria interna como la dependencia alimen-

taria externa, utilizada hoy como instrumento de presión y chantaje por el imperialismo contra las poblaciones hambreadas. Por otra parte, estimularán y ensancharán el mercado interno a los efectos de la producción industrial.

Pero también suponen un proceso de verdadera industrialización asentada en recursos propios, con la genuina colaboración externa apropiada, adaptado a las condiciones nacionales e integrado con el resto de la economía en el marco de un plan coherente de desarrollo.

Los cambios de estructura deben manifestarse comprensivamente en la población de los países del Tercer Mundo en su aspecto tan decisivo como la educación de todo el pueblo. El analfabetismo, la ignorancia y la incultura son ciertamente rasgos inseparables del subdesarrollo.

Hay que erradicar el analfabetismo de nuestros países y establecer sistemas educacionales que permitan preparar a los trabajadores para las tareas del desarrollo. No debe quedar frustrada una sola inteligencia y se deben formar los cuadros científicos y técnicos nacionales que respalden el ascenso de la economía, el progreso social y el florecimiento de la cultura.

De igual modo, habrá que atacar a fondo la situación de extremo abandono de los sistemas de salud para eliminar las epidemias y las enfermedades endémicas que destruyen no tan sólo la vida de millones de personas sino que, también, disminuyen sus fuerzas para la construcción de sociedades liberadas.

En general, las sociedades de los países del Tercer Mundo que no lo han hecho, tendrán que ampliar las posibilidades democráticas de sus pueblos de modo que se garantice el acceso masivo de éstos a los beneficios políticos del progreso. En este sentido, habrá que garantizar la organización de todos los sectores vitales de la sociedad, dando pasos enérgicos en la constitución de entidades obreras, campesinas, femeninas y juveniles que abarquen a la mayoría del pueblo.

En este marco, una atención especial habrá de prestársele a la obtención de la igualdad de derechos para la mujer, a su integración en el proceso de desarrollo y a la vida social y a la defensa efectiva de sus derechos como ciudadana y como madre.

Medidas de esta naturaleza propiciarán el apoyo de las masas, multiplicarán sus fuerzas en la medida que las hacen suyas y permiten cambios en la distribución del ingreso, evitarán la implantación de patrones consumistas ajenos a las realidades de África, Asia y Amé-

rica Latina y facilitarán el pleno ejercicio de la soberanía sobre los recursos naturales y las actividades económicas.

En el plano de las relaciones políticas y económicas internacionales, el Tercer Mundo afronta una problemática que vincula inexorablemente el mantenimiento y elevación del nivel de vida de sus pueblos y su voluntad de desarrollo a candentes situaciones externas. Tal es el caso de la deuda exterior de los países del Tercer Mundo que amenaza ya en convertirse en un desastre de incalculables consecuencias para todo el mundo.

Más de 400 000 millones de dólares alcanza la deuda de los países del Tercer Mundo, sin perspectivas reales de poderla cancelar.

Esa deuda obliga al pago de sus servicios por decenas de miles de millones anualmente, lo que no resuelve el endeudamiento sino que lo agranda, ni promete perspectiva alguna de solución.

La deuda externa del Tercer Mundo es un dogal que asfixia sus economías y ahonda el subdesarrollo de éstas.

Los centros financieros de los países capitalistas desarrollados practican una política tan irracional que hace imposible cobrar sus préstamos y que estrecha las potencialidades de las economías del Tercer Mundo. Es una situación sin salida partiendo de las premisas tradicionales.

Por otra parte, la crisis monetario-financiera que afecta, fundamentalmente, al Tercer Mundo y que es expresión de la crisis económica más general del sistema capitalista, es tratada por los países dueños del capital mediante la utilización de los instrumentos de las empresas transnacionales y de los gobiernos que se subordinan. Se trata desde luego de la acción nefasta del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

Una demanda universal de los países del Tercer Mundo es la que se refiere al precio de sus productos básicos, de los cuales depende, esencialmente, la vida de sus pueblos. Mientras ven disminuir sus precios en sentido absoluto y relativo, los precios de los productos que importan de los países capitalistas desarrollados aumentan desmesuradamente. Este fenómeno hace que los tradicionales términos de intercambio, de suyo en proceso permanente de deterioro durante muchos años, se vean aún más disminuidos en esa relación. Los países capitalistas desarrollados transfieren en sus productos la incontenible inflación que los afecta, así como los fabulosos precios que —a través del comercio— imponen en el campo energético los monopolios transnacionales, haciendo pagar al Tercer Mundo una

cuota de sostenimiento a sus enfermas economías. Este proceso intensifica, de manera asombrosa, la deuda exterior del Tercer Mundo.

Un único procedimiento válido para abrir una etapa de soluciones progresivas sería el de asegurar un aporte adicional de no menos de 400 000 millones de dólares, a los valores reales de 1980, hasta 1990, en forma de donaciones y créditos blandos a largo plazo y mínimo interés.

Esta cantidad la utilizarían los países subdesarrollados para inversiones en sus economías, según sus decisiones soberanas. Una política tal reanimaría el mercado mundial, intensificaría los intercambios y pudiera iniciar el fortalecimiento de las economías del Tercer Mundo para servir a sus fines e indirectamente, para aliviar la permanente crisis del mundo capitalista desarrollado la única forma de sacar a la economía mundial del pantano en que se encuentra es aplicar nuevas y audaces iniciativas que contengan la dosis de realismo que la situación internacional exige. Una política de esa índole nunca podrá ser ajena a la exigencia vigorosa de detener la carrera armamentista, reducir los gastos de guerra y propiciar una política internacional de colaboración y de paz.

Más de 500 000 millones de dólares se gastarán, en todo el mundo, tanto directa como indirectamente, en objetivos de guerra este año de 1981.

Es criminal y, al mismo tiempo escandaloso. El imperialismo ha acelerado en los últimos meses su política de guerra, y fuerza al mundo a seguir sus pasos tan irracionales como suicidas.

Detengamos la política armamentista y exijamos el uso de tantos millones en fines pacíficos y de desarrollo.

Como trabajadores de la esfera económica, nuestro trabajo se efectúa enfrentando profesionalmente en el campo de la economía concreta las realidades cotidianas del subdesarrollo. Asimismo, realizamos labor docente y de investigación al respecto.

En cualquiera de las esferas en que se desarrolle nuestro trabajo es necesario movilizarnos en favor de las vías y medios para un desarrollo real de nuestros pueblos. Sólo podremos lograrlo a través de la participación en las luchas de los trabajadores y campesinos, de las amplias masas populares, de manera de fundir armónicamente nuestras ideas científicas con las realidades económicas y sociales del Tercer Mundo.

Como trabajadores intelectuales debemos cumplir también una función de esclarecimiento y enseñanza. Preciso es inculcar a nuestros

estudiantes y pueblos la no aceptación de teorías procedentes del campo imperialista que desea hacer pensar a las víctimas en los términos favorables a los victimarios.

Hoy, continúa siendo válido el llamamiento a la movilización que lanzara nuestro Primer Congreso:

“Frente a la propaganda imperialista, el Tercer Mundo debe movilizar con urgencia su potencial científico.”

Nosotros, economistas del Tercer Mundo, finalizamos esta Declaración General, expresando nuestra profunda solidaridad con todos aquellos que están sometidos a la represión política, a la discriminación de cualquier índole y la injusticia.

La Habana, 30 de abril de 1981.